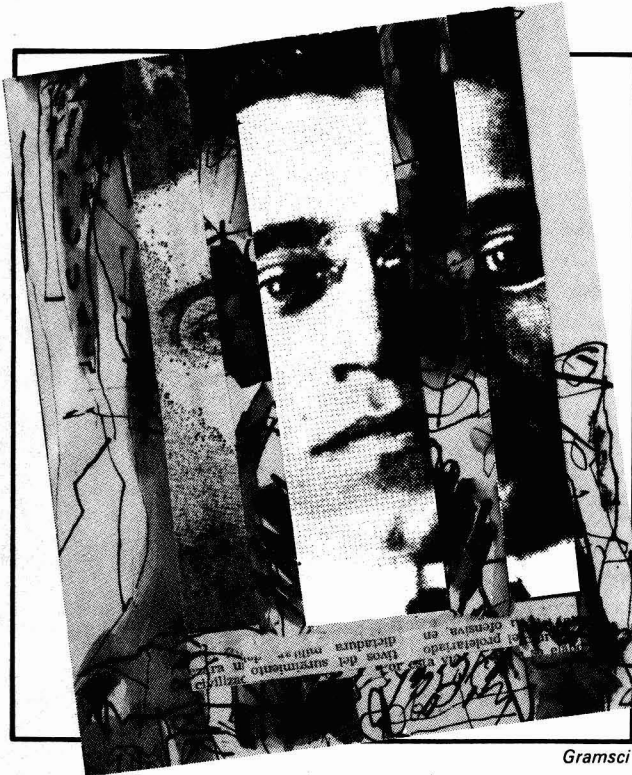


HACIA LA UNIDAD DE INTELECTUALES Y SIMPLES

Umberto Cerroni, sin duda uno de los intelectuales contemporáneos más lúcidos de la politología italiana, ha retomado recientemente la compleja, rica y aparentemente infinita discusión gramsciana del papel de los intelectuales en la sociedad contemporánea. Universidad de México presenta la traducción de un material inédito en español publicado por el propio Cerroni en 1975, y que representa un antecedente en la sistematización de su pensamiento y de materiales recientes que sobre el tema publicaremos en estas páginas y que buscan invitar a la reflexión sobre esta relación en nuestro país.



Gramsci

ca y el confinamiento del otro en un papel subalterno. Es decir, que toda la cultura burguesa postula y legitima la división social de trabajo existente y por eso concibe el trabajo general del pensar como un *oficio particular* o profesión (cfr. la weberiana *Beruf*). De aquí la imposibilidad de un horizonte auténticamente universalista.

Consideremos, entonces, tres típicos análisis en la función del intelectual en la sociedad moderna.

1. Fichte. Todavía no desgastado por el escepticismo burgués tardío y más bien lleno del ímpetu progresista de la edad de las luces, Fichte formula proposiciones teóricas de tendencia universalista como ésta: “Hay (...) entre los impulsos fundamentales del hombre, aquél de admitir fuera de sí a otros seres razonables iguales a él (...) de tal manera que a través de la sociedad se realiza el perfeccionamiento de la especie”. En el marco de esta “sociabilidad” Fichte desdeña las discriminaciones entre las clases y reconoce que “todos los estratos sociales son necesarios y merecen nuestra estimación” porque “no es la clase en sí la que ennoblece al individuo, sino la manera digna con la que éste desempeña su papel”. A esta profesión de igualitarismo (burgués abstracto) el hombre culto está específicamente obligado: de hecho él “tiene razón en ser más modesto que los demás” ya que aspira a un “ideal muy elevado”: al universalismo de la razón, que consiste por cierto “en vigilar soberana-

Nunca será suficientemente apreciada la genial idea gramsciana según la cual el intelectual debe devenir un protagonista de la unificación de teoría y práctica “entendida como proceso histórico real”, como proceso de real integración de intelectuales y “simples” (el hombre común) o gobernantes y gobernados, es decir, de una transformación cultural que es al mismo tiempo una revolución social y política. Es así como Gramsci desarrolla, con mucha agudeza teórica, la idea general marxista de la unificación del género humano en la construcción de una comunidad auténtica.

Para valorar la novedad de la posición de Gramsci, hay que confrontarla con la tradicional idea aristocrática de la función intelectual (de todas las funciones intelectuales) y por tanto, con la substancial contradictoriedad de la inteligencia burguesa que —a pesar de su declarado universalismo— se reproduce como *inteligencia separada* postulando al mismo tiempo su propia misión pedagógi-

mente el progreso real de la humanidad en general y en promover incesantemente este mismo progreso”.

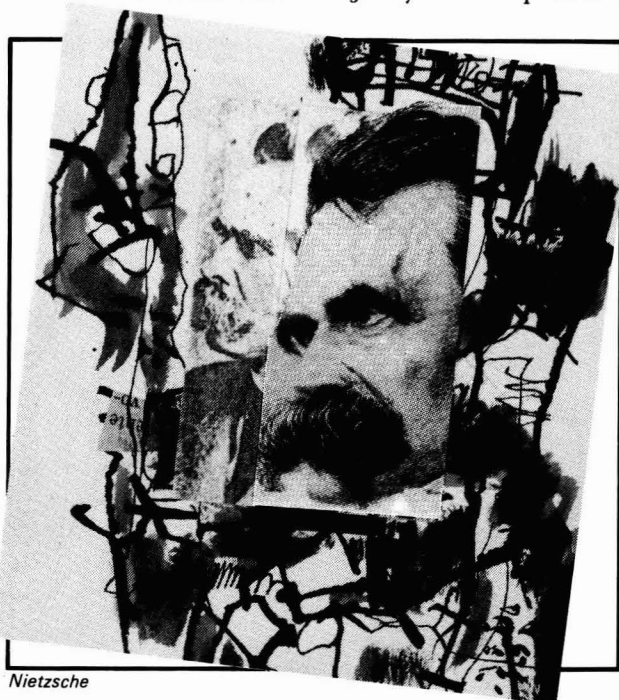
Dedicado a esta labor general, el hombre culto debe olvidar una vez hecho, lo que por él ha sido hecho; debe, pues, pensar “sólo en lo que le queda por hacer”. Debe de trabajar por la sociedad y no por sí mismo porque “el hombre de doctrina está destinado a la sociedad” y “posee la ciencia no para sí sino para la sociedad”.

Vemos ahora, después de esta ascensión universalista abstracta, el inevitable descenso que legitima la sociedad civil burguesa. Escribe Fichte: “Y bien, si el hombre de doctrina debe efectivamente emplear en beneficio de la sociedad la ciencia que ha adquirido para ella, debe encaminar a los hombres hacia la conciencia de sus verdaderas necesidades y hacerles conocer los medios apropiados para satisfacerlas. Con eso no queremos sin embargo decir que deba adentrarse junto con ellos en aquellas profundas indagaciones que él mismo tuvo que emprender, para descubrir algo cierto y seguro. Quien usara tal método pretendería, en el fondo, hacer de todos los demás unos sabios iguales a él en profundidad; lo cual no sólo es impracticable sino contrario al fin (para el cual surgen las diferentes clases sociales). De hecho, hay muchas otras necesidades que satisfacer y las restantes clases existen precisamente para proveerlas.”

El intelectual fichtiano, entonces, restablece las distancias con respecto a los simples y se siente otra vez un privilegiado: un pedagogo, porque él “es, por sus objetivos, el *maestro* del género humano” o sea “el educador de la humanidad” que ahora siente la “necesidad” de las desigualdades sociales (¡las diferentes categorías!) y hasta las distancias morales y políticas, aun cuando, en abstracto, Fichte haya afirmado que “la finalidad de todo gobierno es la de volver superfluo al gobierno mismo”. Así, toda igualdad real es impedida por la conservación de la actual división en clases, determinada por la división social del trabajo y por la propiedad privada, respecto a la cual la superflui-

dad del gobierno sólo significa ahora aceptación voluntaria, por parte de los gobernados, de los gobernantes: conservación de aquella división fundamental que Gramsci quiere abolir.

2. Nietzsche. Encerrado en su aristocrática utopía de moderno esteta fascinado por el mito de un helenismo contemplativo y jerárquico, este herede de la civilización moderna que ha corroído ya por anticipado los fundamentos de la cultura cristiano-burguesa, sostiene que “una civilización superior puede surgir sólo en donde existen dos distintas clases sociales: la de aquellos que trabajan y la de aquellos que huelgan, que son capaces de verdadero ocio; o, con expresión más fuerte: la casta del trabajo forzado y la casta del trabajo libre”. Escribe todavía Nietzsche para configurar *Mi utopía*: “En una mejor organización de la sociedad, el trabajo y las necesidades pesadas serán confiadas a quienes los padecen menos, es decir, a los menos sensibles, y así gradualmente hacia arriba, hasta aquél que es más sensible a un tipo de sufrimiento más alto y sublimado, y que por eso continúa sufriendo aún cuando la vida



Nietzsche

le es aliviada al máximo”. O sea, que quedamos en la utopía del restablecimiento de la *formal* división de clases en un hombre de un estetismo capaz de sacrificar a la mayoría en nombre del *esprit de finesse* de pocos. Aquí el intelectual vive como un parásito de la sociedad que espera crecer sobre el sometimiento de ésta, y no se da cuenta de que sanciona, con esa separación, su propia impotencia.

3. Weber. Con Weber la coordinación entre el separatismo aristocrático del intelectual y la hipóstasis de la existente división social del trabajo (y la correlativa división en clases) toca el umbral más refinado, adecuado al proceso de develación del mundo y el consecuente desencanto, en el que quiere consistir la weberiana “racionalidad” de lo calculable. Esta correlación-reducción de lo racional a lo calculable es muy significativa, ya que supone la eternización del mercado, y por tanto de la producción, mediante el intercambio o producción

capitalista en sentido propio (producción de plusvalía mediante trabajo asalariado "libre"). Al mismo tiempo, la ciencia social a la que el intelectual weberiano se dedica con la intención de perseguir la no evaluación, carece hasta tal punto de presupuestos que se construye como una relación de confrontación con modelos típicos ideales que, por lo que atañe a la sociedad existente, consisten precisamente en la relación medios-fines, categoría ejemplar de la calculabilidad mercantil-burguesa. Y puesto que Weber rechaza el carácter experimental (histórico-burgués) de su tipo ideal de capitalismo, él no sólo se encuentra hipostasiando la calculabilidad burguesa (mercado y todas las categorías relacionadas con él), sino pretendiendo hacer ciencia sin poder injertarla con un método hipotético-experimental. Con la conclusión de que la construcción, al someterse necesariamente a la fe que el científico debe tener en sí mismo y en su propia ética profesional, decae: la ciencia se convierte en profesión (*Beruf*); ¡precisamente, mientras la profesión modelada por la sociedad civil burguesa existente, es promovida como ciencia!

Y ahora en síntesis, la revolucionaria posición de Gramsci: 1) El intelectual no existe en una mannheimiana esfera *adiáfóra*, sino que existe como estamento social relacionado, ya sea con una división social del trabajo, o bien con una correspondiente agregación de clases (bloque histórico). 2) Como productor de saber, puede conocer esto y puede conocer la historia conforme a un estudio de modelos que sea verificable en las relaciones materiales de producción, con referencia a las cuales se construyen las esferas de la sobreestructura en la que se articula la hegemonía de clase, en el ámbito de un bloque histórico determinado. 3) En la línea de la ciencia, este proceso encuentra entonces una comprobación que permite al intelectual evitar la hipótesis ideologizante y descubrir la preminencia histórica de la clase obrera; de aquí su misma posibilidad de emanciparse teóricamente a la vez que participa en la emancipación práctica obrera. 4) Como científico, el intelectual educa a los simples,

como operador *social* se educa con ellos; su saber social entra de hecho en la teoría marxista de la revolución, en la que también el educador ha de ser educado (cfr. la tercera tesis sobre Feuerbach). 5) El intelectual emancipa teóricamente a los simples reuniéndolos en torno a la clase obrera, cuya emancipación práctica de clase es al mismo tiempo universal y teórica. Se cierra así el fecundo círculo práctica-teoría-práctica, a través de la superación del corporativismo obrero (economicismo) y del corporativismo intelectual (separatismo de la cultura). Por un lado, la práctica sube hasta la teoría gracias al intelectual-científico materialista; por otro, la teoría desciende hasta la práctica

gracias al movimiento obrero socialista. En el centro de este círculo está el partido-intelectual colectivo en el que ya hoy se concreta la perspectiva del fin de la separación entre intelectuales y simples, entre gobernantes y gobernados. La misión del intelectual moderno se convierte pues en supresión de su alejamiento aristocrático (que se realiza a menudo como autarquía burocrática de la academia y como autonomía formalista de la filología) en razón del hecho de que justa-



mente, esa supresión permite perseguir teórica y prácticamente el doble ideal de la universalidad: tanto el ideal de un saber histórico eficiente, como el ideal de una emancipación humana universal.

Con Gramsci, el análisis del intelectual logra todos los elementos necesarios para una reconstrucción sistemática de la sociabilidad del saber o practicidad y verificación de la ciencia histórica, y al mismo tiempo, también de la importancia práctica del saber; es decir, del necesario carácter teórico del movimiento de transformación práctica del mundo. Tanto el perfil ideal como el perfil práctico del saber quedan así identificados y relacionados. Así como para emancipar a la humanidad (para cumplir con su "misión" universal) el intelectual debe enlazar su teoría con la emancipación práctica de una clase (la clase obrera), de igual manera la clase obrera, para emanciparse a sí misma debe relacionar su movimiento práctico con la teoría-ciencia de la emancipación universal. ◇